

## CAPÍTULO II

### LA VOCACION PERSONAL Y LA VOCACION DOCENTE

#### I. "SENTIR VOCACION POR..."

Comúnmente, cuando se quiere expresar la inclinación o tendencia más profunda y personal por una actividad determinada, se dice "yo siento vocación por...". En mi tarea de profesor, con mis hijos o en las relaciones comunes, muchas veces escucho expresiones tales como "siento vocación por la medicina", "siento vocación por la filosofía" o "no sé cuál es mi vocación", o "quisiera saber cuál es mi vocación". Es necesario reconocer que, por lo general, no se piensa en el sentido —muy profundo por cierto— que encierran tales expresiones, pese al conocimiento casi espontáneo que tenemos del sentido de la palabra "vocación". En efecto, todos sabemos que "vocación" es la transcripción de *vocatio* que proviene de *vox*, voz; significa también *palabra*. De modo que vocación significa "llamado" que se efectúa por la palabra, es decir, por medio de la "voz". Y como todo llamado, proviene de alguien capaz de llamar y se dirige a alguien capaz de escuchar; por eso la vocación expresa el acto de *advocare*, es decir, se trata de una ad-vocación por la palabra.



Cuando un muchacho me dice "siento vocación por la mecánica", *puede* decírmelo porque, aunque no sepa bien cómo ni por qué, él ha *escuchado* la advocación de la mecánica; semejante escuchar significa que, previamente al acto de decírmelo y aunque jamás lo haya dicho a nadie, él ha escuchado ya el llamado; lo cual me permite reconocer que todo llamado es *interior* o, mejor aun, es una palabra interior que puede expresarse como verbo exterior. Pero lo realmente esencial es aquello que acontece en la conciencia del hombre y que se manifiesta como la advocación personal ineludible.

## II. LA VOCACION ORIGINARIA

En consecuencia, parece imposible aclarar el sentido de la vocación si no ahondamos en el carácter propio de esa palabra interior que advoca. Es posible hablar de vocación en sentido estricto, por referencia al hombre y solamente al hombre, porque es sólo él quien escucha. Es capaz de escuchar porque tiene conciencia y su inteligencia puede "leer entre" los entes, acto que ningún animal puede efectuar jamás. En lenguaje común solemos decir que el hombre es consciente porque *se* sabe, lo que equivale a declararlo auto-consciente. Por tanto, la autoconciencia es el acto primero por el cual el hombre sabe de sí mismo; pero saber de sí no es posible sin saberse como *ser*, es decir, como ente que participa del acto de ser. Pero, simultáneamente (en el tiempo) aunque con anterioridad de naturaleza, este saber-se como existente autoconsciente, implica un originario, comunísimo, saber del todo, es decir, del *ser*. En efecto, lo primero que cae bajo la aprehensión de la inteligencia es el ser (*esse*) participado en cada ente

singular y el único ente que *lo* sabe, es el hombre; es lo mismo que decir que lo primero que el hombre sabe es el ser y, por una mirada refleja, sí mismo y así vienen a coincidir en el mismo sujeto la conciencia del ser y el acto primero de autoconciencia. Pero lo absolutamente primero es el ser, es decir, el todo; por eso, aquello que *per se primo* llama o advoca al hombre en su interioridad es el *ser*; en consecuencia, la palabra originaria, primera, ineludible, que se confunde con la misma presencia del ser a la conciencia, es la *palabra del ser* que advoca. Por lo tanto, desde que el hombre es, se produce en él la *vocación originaria*; hasta cierto punto se podría decir que él mismo es esta vocación que es vocación del ser; por eso, ningún hombre, desde que es hombre, puede dejar de oír su vocación originaria, supuesta a toda otra actividad humana. La vocación originaria (vocación del ser) es generalmente oscura y no explicitada críticamente pero, como ya dije, supuesta a todo. Y como el ser es la verdad y el bien, la vocación del hombre es vocación de la verdad y del bien. El hombre, pues, existe para la verdad y por la verdad. Una educación que distorsione ésta su vocación esencial (como es el caso del "didactismo" y el "metodologismo" que pierden el objetivo propio de la educación) es desintegradora del hombre. En el mundo actual casi no podría haberle ocurrido algo peor a la formación del hombre que esta primacía de la didáctica sobre la educación que equivale a un predominio de la mera acción sobre la teoría. Por este camino, podrá hablarse de "aptitudes" (como con ciertos animales) pero no podrá ser considerada la *vocación* del hombre que es la manifestación de su ser esencial.



## III. LA VOCACION TOTAL

Ya he dicho que la vocación originaria, presente en todo hombre, es oscura, mientras no sea críticamente explicitada; dicho de otro modo, respecto de este llamado —el más profundo— no se ha producido aun nuestra respuesta y, desde luego, no ha sido considerada en todas sus implicaciones. Por lo general es siempre así, pues quien sienta vocación por alguna tarea especial, se limita a reconocer, en sí mismo, que “siente” vocación por *tal* tarea concreta y nada más. Sin embargo, quien siente esa o aquella vocación, aunque sin percatarse críticamente, *supone* la vocación originaria *sin* la cual no existiría vocación alguna. Se ve entonces que, si el llamado o vocación del *Todo del ser* se hace críticamente consciente, adquiere un carácter verdaderamente muy especial; pues, cuando es así, el sujeto vocado debe *responder* nada más y nada menos que al llamado del *Todo del ser* o *esse*, es decir, de todo cuanto existe; este acto corresponde a la admiración primera —que es admiración de que haya entes según hablaba Platón— y constituye, propiamente, la *vocación filosófica*. Tal es el fundamento por el cual suelo sostener que la filosofía es *la respuesta a la vocación del todo*<sup>1</sup>. En otras palabras, cuando la vocación originaria, común a todo hombre desde que es consciente de sí, se hace explícitamente crítica, se constituye como vocación por el ser o acto del ser del todo, es decir, se constituye como vocación filosófica; esta vocación es, más propiamente aun, *me-*

<sup>1</sup> Cf. mi obra *La Filosofía*, p. 29, 2ª ed., Ed. Gredos, Madrid, 1977.

*tafísica* (en cuanto vocación del ser) y, por eso, la vocación filosófica es vocación metafísica; las actuales corrientes “filosóficas” anti-metafísicas, por el hecho mismo de partir de un rechazo de la metafísica, no son propiamente filosóficas desde que comienzan por la eliminación de aquello (la vocación del ser) que es la médula de toda posible filosofía. La vocación filosófica es la más profunda en el orden natural desde que es respuesta al llamado del todo y es, por eso, búsqueda de la razón de todo, del sentido y del destino del todo.

## IV. LAS VOCACIONES PARCIALES

Lo más corriente es que uno “sienta” vocación por alguna de las múltiples actividades y tareas del hombre. Algunos llamados son puramente especulativos (por ejemplo, el del ser matemático); otros, requieren la operación del hombre como acción transeúnte que es, propiamente, el trabajo y sus especies (labor, tarea) y el arte que es capaz de participar y mostrar la belleza en la obra<sup>2</sup>. Púedese también sentir vocación, antes que por una tarea, por un estado de vida y debe notarse que nada se opone a la simultánea presencia de dos vocaciones parciales, una por una tarea y otra por un estado. Por tanto, más acá de la vocación originaria —que es vocación del *Todo*— existe una multiplicidad de *vocaciones* que debe ser explicada: En efecto, el hombre, como ya dije, es el único ente en quien el ser o *esse* se hace presente de modo inteligible; por eso, el

<sup>2</sup> Cf. mi libro *Metafísica del trabajo*, Editorial Huemul, Bs. As., 1982, sobre la noción de trabajo y sus diversas especies.



hombre es el ente que sabe del ser y sabe de sí mismo en el mismo acto originario del aparecer del ser a la conciencia. Si es así, todos los grados del ser anteriores al hombre, existen *virtualmente* en el hombre y, por eso, en él, todo el ser sub-humano se hace presente; dicho de otro modo, el ser subhumano es asumido en el hombre quien es una suerte de síntesis de todos los grados de participación del ser en los entes visibles.

Por consiguiente, nada se hace presente en el hombre (de modo consciente) que no implique la presencia (supuesta a todo) de la totalidad del ser. Por eso, si alguien me dice que "siente" vocación por la fisiología, me dice también, aunque sin percatarse de ello críticamente, que "siente" un llamado parcial del ser y que quiere realizarse, perfeccionarse, como hombre, respondiendo a esta vocación; se comprende entonces que *existen infinitos modos parciales de la única vocación originaria que es la vocación del ser*. Cuando alguien me dice que "siente" vocación por la fisiología, me está diciendo también que el ser, es decir, que la *verdad* del ser manifestada en el funcionamiento del organismo vivo, *le llama*, le llama hacia sí, es decir, le ad-voca. Como se ve, este hombre, "siente" el llamado del cuerpo vivo y se ha de perfeccionar como hombre (pues agregará una forma perfectiva accidental) y no solamente como fisiólogo; escuchando su personal vocación se educa, puede educir su propia naturaleza agregándole, además, hábitos perfectivos y, por eso, se perfecciona *respondiendo* —con su investigación, con su entrega al estudio, a la experiencia y a la reflexión— al llamado parcial, pero muy concreto, de la verdad del ser. Por consiguiente,

toda vocación que no sea la vocación total o metafísica, es una vocación *parcial* del Todo del ser, aunque solamente el filósofo ponga críticamente a la luz su recóndito sentido.

Por detrás de toda vocación parcial, debe reconocerse la presencia de la vocación originaria que es vocación de la verdad; si es así, *no existe vocación pequeña* puesto que quien llama es siempre la verdad del ser; la verdad voca desde la nervadura de una hoja, desde una piedra, desde un mineral; llama desde un tejido que miro en el microscopio, desde una norma legal, desde la basura de la calle que debe ser barrida, desde las suelas de los zapatos, desde el ronroneo de un motor, desde el pus que salta en una infección, desde la escondida belleza en todo lo que existe y que puede ser sugerida en la palabra poética; llama desde la tierra que da su fruto cuando echamos la semilla: La verdad llama desde todo cuanto es, desde todas las cosas. Y como no hay tarea que, al realizarla, no implique la participación (por el trabajo) de todo el hombre (en cuanto sujeto y causa eficiente) en el resultado de su trabajo que es la obra (efecto), en cada operación *se pone el hombre entero*; por eso, así como en el efecto se reconoce el influjo de la causa, del mismo modo, en la obra de su vocación participa el hombre toda una dignidad de persona. Por eso, aunque en el plano moral pueda el hombre degradarse des-ordenando la orientación esencial de su vocación, lo cierto es que toda vocación es *noble* y pone de manifiesto, hasta la más modesta, toda la dignidad del hombre. La respuesta fiel y, por tanto, el desarrollo pleno de la vocación personal por la libertad del hombre, se identifica con la plena educación o con



la educación integral. Si todos valoráramos las diversísimas tareas de toda la vida del hombre desde esta perspectiva, jamás nos avergonzaríamos de nuestro trabajo sino que, en cada trabajo, por humilde o importante que parezca, veríamos siempre la entera dignidad de la persona humana. En consecuencia, cuando alguien nos dice que "siente vocación por...", nos dice también que siente la vocación de ser hombre, de perfeccionarse como tal realizando su intransferible vocación personal, es decir, aquello para lo cual ha sido llamado a la existencia.

#### V. LA VOCACION, VOCATIO DEI

El llamado es, pues, personal. Es en la conciencia de la persona humana donde irrumpe la vocación. Es en la conciencia, precisamente, donde el *esse* se muestra, es decir, se hace *presente* en el acto por el cual el mismo ente inteligente, se hace consciente de todo y de sí mismo. Se hace evidente aquí el carácter de *don* del acto de ser participado en el ente y del mismo acto de la conciencia y, por eso mismo, la finitud del existente humano; en efecto, el sujeto humano no es principio de sí mismo, no se dona a sí el acto de ser; por eso es ineludible la aparición del momento teológico en sentido natural; pues si el ente participa del acto de existir, no es el acto de ser; si no lo es, consiste en ontológica remisión al Existente absoluto que es su propio *esse* y que, por eso, le dona el acto de existir. Y como la vocación es siempre personal, Quien llama, en el fondo, no es una mera cosa (un *que*) sino un infinito personal, interioridad absoluta, que es Dios. El es el *vocante infinito*, el Único que puede llamar desde las mismas estructuras

ontológicas del hombre; por eso, el hombre, cuando responde, responde con todo sí mismo pues es a todo él a quien llama el supremo Vocante. La respuesta del hombre no es otra que su misma vida realizándose; es *invocación perenne* aún cuando, insensatamente, llegue a negar la misma existencia del infinito Vocante. De ahí que la vocación originaria, la vocación total, las infinitas vocaciones parciales a las que responden las diversas actividades del hombre, en fin, todas, son, constitutivamente, *vocatio Dei*.

#### VI. VOCACION Y FORMACION DE LA PERSONA

En consecuencia, el llamado se dirige a todo sí mismo, es decir a la totalidad de la existencia personal. La persona (a quien se dirige todo llamado) es, como se ha visto, el único ente visible capaz de responder y, por eso, ella es el sujeto del acto primero por el cual aprehende el ser participado y, reflejamente, tiene conciencia de sí; pero como el acto de ser no se agota en el ente, la persona humana es siempre trascendente a sí misma, existe como en tensión allende sí misma; dicho de otro modo, el ser, en ella evidenciado, es trascendente siempre. En esta interioridad y trascendencia, la persona se encuentra a Sí misma y, por eso, toda vocación es *personal* y la misma persona es *tensión* hacia su más profunda *mismidad*. Podría decirse que la vocación es el llamado de Dios al hombre para que él sea sí mismo. En otras palabras, el hombre es llamado para que llegue a *ser sí mismo*, tarea perenne que nunca termina en el tiempo de la vida. Es claro, sin embargo, que este desarrollo de sí mismo no es todo



aquello a lo que es llamado el hombre, sino a una perfección progresiva, la más plena posible en el tiempo de su existencia; por eso, la respuesta a la vocación coincide con el concepto mismo de educación desde que la persona es llamada a educir todo lo que ella ya es pero conduciéndola hasta su mayor perfección posible. Y, para ello, le será necesario la creación de hábitos operativos buenos (virtudes) y formar, en el ejercicio cotidiano de la libertad, el carácter personal. Por eso, sólo se responde adecuadamente al llamado con una buena formación integral.

Ya se ve que esta "tensión" de la persona es todo lo contrario de una hipotética "alienación" desde que la vocación es llamado a la *mismidad* del hombre. Serán posibles siempre, y la experiencia lo muestra claramente, negaciones sucesivas y hasta una negación completa de la vocación; será posible la infidelidad al llamado respecto del cual puedo "hacerme el sordo" o simplemente rechazarlo porque me exige algún heroísmo fuera de lo común; de esa manera, puedo no sólo ser infiel a mi vocación sino, por eso mismo, ser infiel a mí mismo y, al cabo, a Dios que es Quien me llama. Se hacen evidentes, a esta altura de la reflexión, ciertos caracteres fundamentales de toda vocación en cuanto llamado a mi propia plenitud humana; es posible que, de hecho, como ya lo insinué, yo niegue (y me-niegue) dejando en el "olvido" a mi vocación; pero esto es grave desde que está comprometido mi destino personal. Por eso, es menester hacer algunas precisiones que pongan de relieve aquellos caracteres constitutivos de toda vocación: a) La vocación es *personalísima* pues solamente puede ser "es-

cuchada" en esta persona concreta y solamente en ella y para ella; b) por ese mismo motivo, la vocación es *intransferible* pues yo sólo "siento" *mi* vocación, no la de otro, aunque pueda (y muchas veces deba) asumir como propia la vocación de mi prójimo.

A la luz de las anteriores reflexiones, se reconocen los enemigos principales de toda vocación personal: Tales enemigos son internos y externos. Los enemigos internos pueden reducirse a uno solo: La "sordera" al llamado, muchas veces traducido en un no querer escuchar debido a las exigencias que la misma vocación pone como condición de sí misma; estas exigencias pueden reducirse a una: la renuncia a todo cuanto es opuesto, per se, al llamado mismo (la absolutización de los bienes de este mundo, la soberbia que hace del yo un absoluto, la vanidad que pone sordina a toda vocación y así sucesivamente); esta infidelidad, cuando depende plenamente de la libertad, es el peor enemigo de la vocación porque tiende a la autodestrucción de la persona. Los enemigos externos pueden ser las circunstancias y los caracteres específicos de una determinada situación concreta que, en ciertos casos, por ejemplo, de extrema miseria física, pueden obstaculizar o impedir que la vocación sea "escuchada". Las posibilidades son infinitas y la educación tiene siempre ante sí esta tarea delicadísima: limpiar el camino para que el llamado sea escuchado. Lo cierto es, al cabo, que no será posible una respuesta auténtica a la vocación personal sin cumplir las *exigencias morales* que requiere. Ninguna vocación, auténticamente escuchada y perseguida, puede lograrse, sin la práctica de cierto



ascetismo; sin cierta remoción de los obstáculos internos y externos que siempre pondrán a dura prueba nuestra vocación. De ahí que la vocación exija, muchas veces, sacrificio y arduo esfuerzo y, en ocasiones, verdadero heroísmo personal, quizás una constante *agonía* por alcanzarnos de veras cada día y, en este esfuerzo cotidiano, alcanzar a Quien llama a cada persona, una por una.

#### VII. LA VOCACION DOCENTE

¿Dónde ubicar la vocación docente que puede llegar a ser tan fuerte y heroica hasta el punto, como en Sócrates, de preferir la muerte a abandonarla? ¿Cuál es la vocación del maestro? Es, sin duda, una vocación peculiarísima que no puede incluirse sin más en algunas de sus especies indicadas anteriormente. Quien es llamado es, siempre, el hombre; pero quien llama, inmediatamente, no es la Verdad del ser tomada en general, ni sus mostraciones parciales (vocaciones parciales), ni una determinada actividad práctica (vocación práctica), sino *alguien*, un alguien de carne y huesos, hacia quien soy constitutivamente abierto: mi prójimo, este concreto *tú* en quien se muestra el ser (que es verdad y bondad trascendentales). Aquí encuentra su fundamento y su causa próxima la relación docente que es respuesta inmediata al llamado o vocación del *tú*. Y como el ser que en el *tú* se muestra es también el bien objeto de la voluntad, esta vocación implica la exigencia del amor al prójimo; pero el acto docente, en cuanto tal, en cuanto co-causa eficiente del proceso educativo, actúa sobre otra causa-libre ella también causa eficiente para el proceso de perfec-

cionamiento de la persona. De ahí que la vocación docente sea por un lado *teórica* porque nadie enseña lo que no sabe ni ejerce su influjo en la formación de las virtudes sin el ejemplo; por otro *práctica* en cuanto se orienta a la producción de una obra (causa final de todo el proceso educativo) que es la perfección de la persona. Es decir, la vocación del maestro es *mixta*, y así es su género de vida; se ejerce, a su vez, no sobre algo inerte, sino sobre una libertad: La del educando que es quien "voca" o llama. Peculiarísima vocación de "alguien" sobre "alguien", movida, en cuanto Causa última, por Alguien infinito que llama al maestro desde el abismo misterioso del educando. Por eso, si bien toda vocación es comprometedora, ninguna lo es tanto como la vocación del maestro y ninguna exige tanto la entrega total de uno mismo. El maestro, si no lo sabe explícitamente, al menos lo vive y sabe virtualmente. Esta vocación, simple, sencilla, profunda y tremenda, exige, ante todo, fidelidad al llamado (y a quien llama); y la propia perfección humana del maestro es loggable únicamente en la medida de su fidelidad a la vocación. Este es el "método" (camino) primero; esta es la vitalidad de toda "didáctica", ambos infinitamente lejos y hasta contradictorios con vacuas "taxonomías", psicologías sin alma (como las de Wallon y Piaget) y algunas "teorías del aprendizaje" que han colocado al niño en el mismo nivel de los irracionales y para las que, desde luego, es ridículo, hablar siquiera, de vocación.

El didactismo, el metodologismo vacío, las "psicologías evolutivas" de la inteligencia (sin alma), simbólica-



mente pueden ser representadas por los *sofistas* y políticos Anytos y Meletos, los asesinos de Sócrates, el maestro por vocación, porque, precisamente, no podían soportar la vocación socrática. Ellos la hubiesen querido aniquilar conquistándolo a Sócrates (que prefirió morir a entregárseles traicionando a la "voz" divina que le llamaba) por medio de la maraña seductora de un didactismo de términos, de un metodologismo sin contenido, venenos mucho más mortíferos que la cicuta con la cual mataron el cuerpo del maestro.

La vocación del maestro es, pues, personalísima (pues el llamado se ejerce sobre la totalidad de su persona); es intransferible, compromete la vida y el destino singular. Tiene sus enemigos mortales: Ante todo, los enemigos interiores: Mi propia infidelidad (que me vuelve "sordo" al llamado), mi tendencia a lo más fácil y al olvido de mi misión esencial; exteriores, que son múltiples: Desde la incompreensión hasta las magras remuneraciones. Las exigencias morales concomitantes a toda vocación docente y que surgen, precisamente, del "alguien" que "llama": Ante todo, la entrega personal oscuramente cotidiana que conlleva, frecuentemente, cierto ascetismo y cierta agonía y, en algunos casos, el heroísmo. Pero, simultáneamente, la vocación docente fielmente seguida, implica el goce interior y la alegría que la voluntad alcanza cuando consigue su objeto. Este goce único, que acompañó a Sócrates hasta la muerte, es experimentable únicamente por el maestro cuando de pronto ve, en los ojos de su alumno, la chispa de la comprensión, el destello del amor, el inicial progreso de la virtud moral. Y esta obra no se ve con los ojos de la carne. Y esta alegría se la pierden quienes no son maestros.

#### VIII. EL MISTERIO DE LA VOCACION DOCENTE

Educación es, pues, "la donación de sí en el misterio del tú"<sup>3</sup>; pero ya he dicho que toda vocación es, en el fondo, vocación total y, en última instancia, llamado de Dios. Luego, la vocación del maestro responde a lo que Dios quiere que el maestro opere en el alma del discípulo. Pero nadie puede lograrlo plenamente y en esto consiste la incompletitud del magisterio de Sócrates. Sin embargo, el magisterio humano ha sido *transfigurado*, curado y elevado, por la Encarnación del Verbo que, al asumir la totalidad de la naturaleza humana, ha conferido, a la vocación docente, nada menos que su supremo sentido. Y este sentido consiste en la necesidad de "esculpir" en el alumno la imagen de Cristo; dicho de otro modo, el maestro es "llamado" a educir en el alumno el Modelo de todo hombre. Y en esto consiste la vocación del maestro como *misterio*. Este aporte esencial del Cristianismo —que coloca al magisterio en el plano de la "nueva creación"— permite enseñar (al maestro humano) por modo de *ministerio*. Si es así, reconoce humildemente que ningún hombre puede enseñar por sí; por su medio enseña el único Maestro que enseña por sí mismo (Jn.13,13; Mat., 23,8-9). En tal caso, él mismo, el maestro humano —este maestro de carne y huesos que enseña en la escuela a la vuelta de mi casa o en la escuelita rural perdida en el monte— ha sido "llamado" por el divino Maestro y, como Él, tiene la misión participada de enseñar. Y como todo cristiano es un "llamado" (I Cor.1,24; Heb.9,15), la vo-

<sup>3</sup> Tomo esta definición de mi obra *La Universidad: Su esencia, su vida, su ambiente*, p. 104, Imp. de la Universidad, Córdoba, 1963.



cación del maestro es como un llamado reduplicativo, ya como hombre llamado por la Gracia a participar de la vida de Cristo, ya como maestro para conducir por la docencia, a los educandos. Su vocación es, pues, *vocación de vocaciones*, ministro de los niños ya "llamados" y a él confiados. Hermosa vocación que, casi sin darse cuenta, le hacía exclamar angustiada a mi madre —que fue maestra de vocación— ante una huelga que dejaba a los niños sin maestros: "¿Y los niños? ¿Y los niños?". Los niños son quienes "llaman" y por cuyo medio el Redentor "llama" al maestro humano. Y le llama quizás a sufrir, a dolerse por los demás y al silencio y a la incompreensión; pero le llama también a un gozo intransferible que Él espera transformarlo, después del tiempo de la vida, en el gozo infinito de la contemplación de su supremo Magisterio.